19. C. Amorós, «El nuevo aspecto de la polis», art. cit., p. 122.
20. *Ibíd.*, p. 134.
21. *Ibíd.*, p. 135.
22. C. Amorós, «Hongos hobbesianos, setas venenosas», *Mientras tanto* (Barcelona), 48 (1992), 59-67; p. 66.
23. El lugar del Seminario es la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid.
24. A. Valcárcel, *Sexo y filosofía. Sobre mujer y poder*, Barcelona, Anthropos, 1991, p. 183.
25. También hay que señalar que M.-Xosé Agra ha trabajado sobre «Fraternidad y patriarcado».
26. En relación con el tema que estamos tratando se puede consultar otro trabajo de Mayte Gallego: «Violencia, política y feminismo. Una aproximación conceptual», en V. Maquieira y C. Sánchez (comps.): *Violencia y sociedad patriarcal, op. cit.*, pp. 67-80.
27. J. Astelarra, «Las mujeres y la política», en J. Astelarra (comp.): *Participación política de las mujeres*, Madrid, CIS / Siglo XXI, 1990.
28. P. Martínez, «Mujeres y participación política», Ponencia presentada en el Seminario de «Indicadores para la Evaluación de las Políticas de Igualdad de Oportunidades» (septiembre, 1992).
29. L. Falcón, *Mujer y poder político*, Madrid, Vindicación Feminista, 1992, p. 24.
30. *Ibíd.*, p. 480.
31. Celia Amorós (directora del proyecto), Amelia Valcárcel, Raquel Osborne, Inmaculada Cubero, Carmen Sáez, M.C. Díez, Teresa del Valle, Oliva Blanco.
32. Cf. T. del Valle y M.C. Díez, «Socialización en el aprendizaje del poder y/o del no poder», Instituto de Filosofía, Proyecto «Mujer y Poder» (inédito).
33. *Ibíd.*, p. 32.
34. *Ibíd.*, p. 58.
35. Cf. C. Sáez de Buenaventura, «Hacia una anatomía política de la impotencia» (inédito).
36. E. Dio Bleichmar, *El feminismo espontáneo de la histeria. Estudio de los trastornos narcisistas de la feminidad*, Madrid, Adofraf, 1985, p. 26.
37. *Ibíd.*, p. 29.
38. *Ibíd.*, p. 230.
39. *Ibíd.*, p. 34.
40. E. Dio Bleichmar, *La depresión en la mujer*, Madrid, Ediciones de Hoy, 1991.
41. *Ibíd.*, p. 13.
42. R. Osborne, *La construcción sexual de la realidad. El debate sobre la pornografía en el seno del feminismo contemporáneo* (tesis inédita).

# EL INTELECTUAL METECO Y LA NUEVA GENERACIÓN

Antonio García-Santesmases
UNED, Madrid

## F. Colom, *Las caras del Leviatán*, Barcelona, Anthropos, 1992.

Decía Perry Anderson en sus consideraciones sobre el marxismo occidental que frente a la gran preocupación del marxismo clásico por la economía política, la estrategia revolucionaria y las luchas del movimiento obrero, el denominado marxismo occidental aparece centrado en aquellos temas que pueden completar el legado clásico supliendo sus lagunas en el campo de la estética, el psicoanálisis y la crítica de la cultura. La apreciación de Anderson está muy justificada si pensamos en las diferencias entre un Kautsky y un Adorno, un Lenin y un Horkheimer y expresa muy bien la dificultad, tras la segunda guerra mundial, de aunar la praxis política y la reflexión teórica si exceptuamos algún caso extraordinario como el de P. Togliatti.

No es el menor mérito de este libro de Francisco Colom el subrayar la dimensión específicamente política de algunos de los representantes de la teoría crítica. No estamos tanto, a pesar del título, ante un estudio que desarrolle una «Lectura política de la teoría crítica» (lo que puede confundir al lector al imaginar un debate acerca del compromiso político de los grandes repre-

sentantes de la Escuela de Francfort) cuanto ante una investigación acerca de algunos representantes menos conocidos de la Escuela que, sin embargo, sí se preocuparon de la investigación acerca de las caras del nuevo Leviatán.

Los autores a los que va a dedicar su atención son F. Neumann, O. Kirchheimer, J. Habermas y C. Offe. Todos ellos han realizado una reflexión explícitamente política acerca de la evolución interna del Estado liberal y han tratado de comprender las estructuras de dominación política de las modernas sociedades capitalistas. Su talante ha pasado, en el caso de Neumann y Kirchheimer, de un voluntarismo político en los años veinte a un resignado escepticismo tras la segunda guerra mundial. Habermas y Offe iniciarán su reflexión en el momento en que Alemania vive la democracia del bienestar y asistirán a la evolución del Estado social, a la aparición de los nuevos movimientos sociales y a la crisis de las categorías tradicionales a la hora de pensar la política.

Neumann y Kirchheimer aparecen vinculados al reformismo socialdemócrata en la república de Weimar y apoyan la estrategia legal, democrática, institucional, que trata de ver recogidos en el texto constitucional las ventajas estratégicas conquistadas por el proletariado. Esa estrategia legalista, de apoyo al Estado de derecho y a la democracia parlamentaria trata de alcanzar una resolución pacífica de los conflictos y una complementación de la democracia política con el ejercicio de la democracia económica y la democracia social, aspirando a la participación obrera en los centros de trabajo y a la democratización de la empresa.

El reformismo socialdemócrata era una estrategia diferente a la auspiciada por el movimiento consejista y a los principios de la nueva internacional, de la internacional comunista. Mucho se ha escrito acerca de la responsabilidad de socialdemocracia y comunismo en el advenimiento y triunfo del nazismo. En esta obra de Colom está bien recogido el contexto de una república, la de Weimar, que ve cómo el 30 de enero de 1933 una democracia sin demócratas encontró su final con el nombramiento de Hitler como canciller. Neumann en 1954, en una carta personal escribirá:

> Quienes nos opusimos a la reacción fuimos demasiado cobardes. Todos llegamos a un compromiso. Pude ver con mis propios ojos la mendacidad del SPD desde julio de 1932 hasta mayo de 1933 (y no sólo entonces) y no dije nada. Pude ver lo cobardes que fueron los líderes sindicales y continué sirviéndoles. Vi lo mentirosos que eran los intelectuales y callé. Naturalmente pude justificar todo esto con el Frente Unido contra el nacionalsocialismo, pero en el fondo lo que había era miedo. Siempre he tenido por válida en la teoría socrática la afirmación de que el verdadero intelectual ha de ser un meteco, un extraño con respecto a todo sistema político. De esta forma también yo he contribuido a la liquidación de las ideas de la denominada izquierda alemana [p. 107].

Hoy, cuando tantas veces se teoriza acerca de las conexiones entre el poder económico privado y el poder político democrático, entre las exigencias del capitalismo y los principios de la democracia, conviene volver una y otra vez a la experiencia de los años treinta. Tanto a la experiencia de aquellos lugares como Alemania donde una democracia sin demócratas allanó el camino de Hitler como a la de países como España donde la combatividad del movimiento obrero no permitió que se derrumbara la legalidad republicana sino que la defendió con una valentía y un heroísmo que hoy con frecuencia se olvidan.

La república de Weimar muestra la inviabilidad, en un contexto económico presidido por la hiperinflación y por el desempleo masivo, de alcanzar un pacto entre fuerzas sociales antagónicas, de respetar a la vez la libertad de empresas y la propiedad privada y reconocer el Estado social.

Debemos recordar como Neumann en 1935 al analizar cómo surgieron en el seno de la socialdemocracia las esperanzas por una vía reformista escribió:

Tras la guerra, la intelectualidad jurídica del partido se encontró ante un dilema. La máxima teórica del marxismo sobre el carácter clasista del Estado burgués se vio confrontada con la política del partido de asumir las responsabilidades estatales. Por lo demás, allí donde se siguiese combatiendo al Estado debía hacerse con un sentido táctico y nunca radical. Se abrió así un abismo entre la teoría marxista tradicional y la política práctica del partido que nunca pudo ser superado ideológicamente [p. 88].

Las páginas que dedica F. Colom a analizar las diferencias entre el Neumann voluntarista de la república de Weimar, el que decía todavía en 1930: «en primer lugar y ante todo Weimar» y sus consideraciones posteriores en el exilio reflejan el drama de toda una época. La estrategia legalista de Neumann pretendía un desarrollo de la estrategia sindical en las empresas pero ¿podía desarrollarse ésta sin contar con apoyo parlamentario?, en el exilio Neumann escribirá:

Los sindicatos socialistas eran todavía numéricamente fuertes en 1931, pero el desempleo, la desilusión y la burocracia sindical, que esquivó la resistencia activa para no tener que renunciar a sus privilegios, les privaron de su libertad, de su independencia y de su integridad. Sucumbieron así frente a la errónea creencia de que la democracia económica era posible sin la democracia política [p. 102].

La imposibilidad de realizar la democracia económica sin democracia política va unida a la inviabilidad de una democracia parlamentaria sin alcanzar un compromiso con las fuerzas económicas antagónicas. Una carta de Neumann a Schmitt en el verano del 32 refleja la cuestión:

Si se parte del presupuesto de que la contraposición política fundamental en Alemania es la contraposición económica, de que el agrupamiento amigo/enemigo decisivo lo constituye el agrupamiento de trabajo y propiedad, resulta entonces claro que semejante contraposición política no puede ya resolverse parlamentariamente. Para mantener el principio de igualdad de oportunidades (en el acceso al poder político) ambos grupos deben alcanzar un compromiso. Eso es precisamente lo que han hecho durante una década, con el terrible fracaso que ahora se evidencia [p. 100].

La contraposición entre clases antagónicas unida a las prácticas de deterioro institucional (mediante la concentración de poderes en el presidente y el boicot judicial a la legislación reformista) y a la inoperancia de la socialdemocracia provocará que aquellos representantes de la Escuela de Francfort que habían auspiciado con mayor ilusión el reformismo socialdemócrata se vean, ya en el exilio, impelidos al estudio de las causas del fracaso de la república de Weimar y a la caracterización de los rasgos del nuevo régimen nacionalsocialista. Este período es fundamental para

[...] comprender la particular evolución intelectual y política que llevó a Kirchheimer y a Neumann, respectivamente, desde el izquierdismo filocomunista y el reformismo socialdemócrata de la época de Weimar hasta el escéptico compromiso común con la democracia de posguerra. Este recorrido común que les condujo a un resignado liberalismo desde posiciones originalmente marxistas se corresponde con una trayectoria biográfica marcada por un doble desengaño político: en primer lugar por el fracaso de la primera república democrática instaurada en el suelo alemán y, más tarde, por su desilusión ante el carácter cosmético atribuido a la democratización del país tras la guerra [p. 125].

Antes de analizar esa segunda desilusión conviene detenernos un momento en recordar el análisis de estos autores acerca del régimen hitleriano. Neumann a la hora de analizar los mecanismos de regulación

económica y social y los instrumentos de legitimación política recurrirá a una figura mitológica de fuertes connotaciones hobbesianas:

Si el Leviatán era el monstruo que refleja la dominación estatal absoluta, pero permitiendo aún un resquicio de derecho y de libertad individual, Behemoth representa el anti-Estado, el caos, el reino de la ilegalidad y del desorden [p. 135].

Como muy bien señala Colom:

[...] esta metáfora era algo más que una mera fórmula literaria. Pretendía reflejar con ella la naturaleza del régimen nazi como encarnación absoluta del "lado oscuro" del liberalismo. En el Behemoth nacionalsocialista los rasgos más elementales de racionalidad formal que definen al Estado moderno como forma de dominación política habrían desaparecido [p. 136].

Los mecanismos de poder del Estado liberal salvaguardaban unos mínimos de racionalidad y de autonomía individual aunque estuvieran sesgados por intereses económicos y de clase. Frente al Estado liberal,

La nueva unidad garantizada y forzada por el Estado alimentaba sus raíces de una concepción organicista de la totalidad social. En términos económicos, esa nueva totalidad se entendía como una sociedad sin clases, como un conjunto unitario asentado sobre una concepción heroico-populista de su substrato social que disolvía en la «nación racial» las contradicciones generadas por un liberalismo tildado de individualista y decadente. Políticamente, recogiendo la terminología de Schmitt, el Estado totalitario era concebido como una simbiosis entre Estado, «movimiento» y pueblo. El Estado representaba la parte estática del conjunto, el partido, el elemento dinámico y el pueblo, su refrendo plebiscitario. Estos tres momentos encontraban su unidad en la voluntad del Fuhrer, que oponía sus virtudes carismáticas y su capacidad de decisión a la vacua deliberación parlamentaria de la burguesía, de la «clase discutidora», en la famosa calificación de Donoso Cortés [p. 146].

No puedo extenderme más en este punto, por no alargar en exceso este comentario, pero sí quiero insistir en el interés de todas las páginas que dedica F. Colom al debate sobre el nacionalsocialismo entre los distintos representantes de la Escuela de Francfort y la influencia, en ese debate, de las lecturas de Weber y Schmitt.

Hablamos antes del resignado escepticismo ante la democracia liberal tras la segunda guerra mundial. El contexto de guerra fría provocará que la apuesta por la desnazificación sea puramente cosmética y sea sustituida por el silencio cómplice y la amnesia colectiva. Los aliados dejaron en manos de las nuevas autoridades la reorganización interna del país, asegurándose el control de la política exterior germano-occidental, con ello,

[...] el núcleo del aparato burocrático heredado del Estado nazi pasó a incorporarse sin mayor depuración a las estructuras administrativas de la nueva república federal [p. 156].

Esa resignada aceptación de la democracia liberal se produce en un momento en que la degeneración autoritaria de la democracia americana en el clima de guerra fría y la «Era Adenauer» caracterizada por la «asombrosa recuperación económica, la restauración de un clima social y político conservador y la postergación del pasado con un tupido velo de silencio» (p. 157) plantean extraordinarias dificultades para el liderazgo de la socialdemocracia. Para Neumann,

[...] las antiguas clases poseedoras y la casta burocrática que boicotearon la república de Weimar estaban descartadas como posibles protagonistas de un cambio social y político. Las clases medias, desprestigiadas por su connivencia con el fascismo, tanto como un partido comunista sometido a los intereses estratégicos de Moscú, eran igualmente incapaces de erigirse como sujetos colectivos de un régimen democrático. Únicamente la vieja socialdemocracia y los sectores sindicalistas estarían política

y moralmente legitimados para abordar la construcción de una democracia socialista y parlamentaria [p. 157].

Fue, sin embargo, un nuevo partido conservador el que dictaría la reconfiguración del país.

Defraudadas sus expectativas, pocas esperanzas podían quedar, como señala Colom,

> [...] a un teórico marxista que había visto sucesivamente el fracaso del proyecto reformista por el que había apostado, la derrota del nazismo a manos de una intervención militar extranjera y la instauración de un gobierno conservador en la postguerra.

Y añade lúcidamente Colom:

> [...] el *pesimismo estético de Horkheimer* y Adorno era una de las opciones posibles, pero no casaba en absoluto con el carácter de quien sentía la política como una auténtica pasión [p. 158].

La muerte prematura de Neumann en un accidente de tráfico impide conocer las conclusiones a las que hubiera llegado tras conocer y evaluar el desarrollo posterior de Alemania. 1954 era una fecha todavía demasiado temprana para percibir todos los cambios que iban a producirse. Es Kirchheimer el que dedicará su obra de madurez al estudio de la dinámica de competencia entre partidos.

Si del estudio de la república de Weimar había quedado claro que no se podía desarrollar los proyectos reformistas, legales, educativos sin contar con la lucha por el control de las organizaciones coercitivo-policiales, de la justicia, del ejército, de la burocracia, del poder político, la experiencia, tras la segunda guerra mundial, mostrará el estrechamiento de las posibilidades de emancipación, tanto por la cultura de masas, como por las reglas de juego del mercado político.

La experiencia de los años treinta mostraba la confrontación entre las clases, la virulenta reacción de las clases dominantes, la polarización de las masas y los bloques socioeconómicos antagónicos y el resultado trágico de unas formas plebiscitarias de poder donde el espíritu nacional se identifica con el líder carismático y conduce a una forma totalitaria de Estado.

El Estado social, tras la segunda guerra mundial, transforma tanto los conflictos socioeconómicos como los sujetos políticos. Así como el Estado regula las relaciones mercantiles, el mercado penetra en la vida política y las grandes organizaciones actúan al modo de las grandes empresas que compiten por el elector-consumidor. Los partidos de masas abandonan la definición clasista y la vinculación ideológica estricta. Son Partidos de «todo el mundo», que tratan de atrapar votos de los distintos sectores sociales. Se parte de una mayor homogeneidad sociocultural y de una estabilidad institucional por la cual el acceso al gobierno no significa la revisión global de las realizaciones políticas anteriores. La primacía del éxito electoral exige la difuminación de los mensajes ideológicos. Si se quiere penetrar en los distintos sectores sociales hay que obviar los puntos de fricción ideológicos. Todo ello requiere, al igual que en las grandes empresas, la existencia de un fuerte aparato profesional permanente.

Este nuevo modelo afecta no sólo a la ideología, a las concepciones del mundo que sostenían los partidos en los años treinta, sino que supone un cambio en el concepto de representación política y en el papel de la deliberación parlamentaria. Ésta no es ahora cuestionada pero sí es sustraída a los diputados y destinada a las direcciones de los partidos. En segundo lugar, cambia la actitud ciudadana ante la política. Si en los años treinta la politización, la polarización, la fuerte impregnación ideológica eran las características reinantes, la apatía, el aislamiento, la privaci-

dad serán los rasgos de las democracias del bienestar.

Muchos de estos análisis acerca de los rendimientos ambivalentes del Estado del bienestar son hoy tópicos en cualquier análisis científico-político o en cualquier consideración filosófico-moral. Es mérito de Kirchheimer el haber producido un análisis que, continuando la senda abierta por Weber, Michels, Schumpeter, ha profundizado en la dinámica de la competencia entre partidos.

Este análisis será completado por los trabajos posteriores de Habermas y Offe a los que Colom dedica el último capítulo de su obra y que son ya mucho más conocidos en nuestro país. Habermas y Offe analizarán la democracia de masas en la sociedad capitalista y la constitución de grandes partidos con difusa identificación clasista, heterogéneos ideológicamente y que tienden a reducir la vida política al papel de las elites y a propiciar la despolitización de los ciudadanos. Especial interés tiene en este punto la consideración habermasiana acerca de la devaluación del debate parlamentario. Frente al parlamento liberal donde los representantes sólo son responsables ante su conciencia y están dispuestos a convencer y a ser convencidos por la fuerza exclusiva de los argumentos, la traslación del debate político desde el parlamento a las sedes de los partidos provoca que los resultados de los debates sean conocidos de antemano.

Como sabemos, Habermas estudiará también la transformación de la opinión pública para apreciar en las democracias establecidas la diferencia entre la mayoría pasiva de los ciudadanos que se repliegan a la privacidad y esa pequeña minoría de ciudadanos activos, de miembros de partidos y sindicatos, de lectores bien informados que, profesionales o no, sí llevan una vida política activa.

La obra de Habermas es conocida y aunque son sugerentes las reflexiones de Colom acerca de su conflicto con el movimiento estudiantil y sus críticas al denominado fascismo de izquierda, al igual que la nostalgia, la añoranza por el parlamento liberal, respetuoso de la autonomía individual, creo que donde se transparenta mejor la voluntad del autor, constituyendo un reto para empeños futuros, es en su enjuiciamiento de aquello a lo que debe aspirar la filosofía política, más allá de Habermas. Dice Colom en este punto:

> Si partimos de que la filosofía política debe ser más que mera teoría ética, una teoría filosófico-política deberá entonces ser capaz de formular categorías apropiadas para los conflictos de poder, situaciones éstas en las que las consideraciones éticas no constituyen el foco exclusivo de atención.

Y añade un poco más adelante:

> [...] en este punto más que una ambiciosa propuesta de referencias ideales sería quizá de agradecer una teoría sociopolítica más modesta capaz de proporcionar criterios para la organización y delimitación de conflictos partiendo de un análisis de los procesos materiales que los generan y garantizando a sus sujetos unas esferas desde las que interpretar, defender y dar cuenta pública y autónomamente de sus necesidades individuales o colectivas [pp. 215 y 216].

Todo un reto para la filosofía política es el que pone Colom encima de la mesa. Reto que, de una forma admirable ha desarrollado C. Offe en muchos de sus trabajos a los que se refiere el autor para finalizar su libro. Offe ha continuado la línea de Kirchheimer en el estudio de la dinámica competitiva de partidos y en su relación con el Estado del bienestar keynesiano. Entre sus muchas e importantes reflexiones recuerda Colom aquella según la cual «el capitalismo está condenado a no poder vivir con el Estado del bienestar y a no poder prescindir de él» y «el socialismo no se puede construir sin el poder del Estado ni sobre el poder del Estado». Se refiere Colom igual-

mente al entusiasmo y a la resignación posterior de Offe en relación a los nuevos movimientos sociales relacionándolos con el voluntarismo y el escepticismo que habían vivido Neumann y Kirchheimer.

Llegamos al final. Procede ahora realizar una valoración crítica de la obra de F. Colom. Debo decir, en primer lugar, que estamos ante la aportación de una nueva generación que aparece en el campo de la filosofía política española cuando en ésta todo es de reciente creación; como lo es esta revista de filosofía política que acoge mi comentario. Siendo todo de reciente creación hay que decir que la obra de Colom señala un camino que no sólo él, sino de alguna manera todos los que formamos parte de este proyecto colectivo, deberíamos recorrer. Me refiero al esfuerzo, al que alude en las páginas 215 y 216, por elaborar una filosofía política que dé cuenta de los conflictos de poder y de los sujetos materiales, de sus necesidades y de los contextos donde reivindican sus derechos y ejercen sus potencialidades.

Esta tarea debe partir de una seria inscripción histórica y por ello hay que felicitar al autor por el esfuerzo por enmarcar los debates, especialmente por su capacidad para recordar el drama de los años treinta.

Siendo todo esto cierto y como miembro de una generación distinta a la de Colom, de una generación más vinculada a las luchas directamente políticas, debo decir que la formulación de Neumann sobre el intelectual «extraño a todo sistema político» es brillante pero equívoca. Y lo es porque, por volver a los años treinta, intelectuales ajenos al sistema político, y que callaron en momentos decisivos, los tuvimos en España entonces y no es a ellos a los que, al menos yo, quisiera recordar como ejemplares. Si por «extraño» se entiende, sin embargo, el que no está dispuesto a callar, el que prefiere hablar *opportune et inopportune*, entonces el intelectual debe ser extraño. Extraño sí pero no resignado sino rebelde, al menos eso es lo que yo desearía y lo que yo espero como socialista impenitente de la futura obra de ese liberal penetrante y profundo que demuestra ser F. Colom en este libro que vivamente recomiendo.

## CATEGORIZAR LA POLÍTICA

Francisco José Martínez
UNED

### G. Bueno, *Primer ensayo sobre las categorías de las «ciencias políticas»*, Centro Cultural La Rioja, 1992

Con *Primer ensayo sobre las categorías de las «ciencias políticas»*, de cuidada edición a cargo de Cultural Rioja que inaugura con esta obra su Biblioteca Riojana, el profesor Gustavo Bueno continúa su trayectoria teórica, sin posible parangón en el contexto filosófico español, esta vez en el campo de la reflexión política. Dos son los rasgos definitorios del filosofar de G. Bueno que se encuentran también en este libro: su pretensión de elaborar y *construir* filosofía y no limitarse a comentar la filosofía hecha por otros allende nuestras fronteras y su dimensión *ontológica*. El primer rasgo le lleva a usar y no